

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[1]

Este primer capítulo podría comenzar diciéndose cómo la puerta se cerró con lo que — si no fuera por temor a incurrir en la deslealtad hacia el lector de tratar de mediatizarlo haciéndole concebir la idea de una Lola que, entendemos, no tenemos derecho ninguno a proporcionarle al objeto de no obstaculizar su propia elaboración del personaje — cualquiera que la conociese hubiera denominado “la inveterada suavidad con que se cerraban las puertas cuando era Lola quien



las cerraba” y que yo, que quizás por no haber hablado todavía con mi amigo de las indicaciones que dejando a medio limpiar el polvo del respaldo del sillón me diera bajo el argumento de que al no ser ella de la profesión aportarían un toque de originalidad a mi trabajo no me percaté del móvil, corrí a abrirla de nuevo para preguntarle qué apuntes eran esos; pero que como ella no estaba ya en el descansillo la cerré de nuevo y que, no queriendo echar a perder la mañana atascado por algo que debía de ser puramente anecdótico habida cuenta de que yo no había oído hablar de ese hombre en mi vida, coloqué un folio nuevo en la máquina y traté de aplicarme a zanjar, de una maldita vez si era posible, un viejo dejar las cosas como estaban que se empecinaba en resistírseme so pretexto de que, por alguna razón que ya no recordaba, estaban difíciles.

Podríamos continuar con que empero o sin embargo y llevando escritos apenas cuatro renglones<sup>1</sup> mi propósito inicial se vio abortado cuando hube de levantarme para acudir a contestar el teléfono y con que, si continuásemos — que no vamos a continuar porque estamos hablando de cómo pudieron ser las cosas que no fueron —, al enfilear el pasillo sonó también el timbre; y decir que dudé, recuerdo, a qué atender primero y que me decidí recuerdo también por la puerta aunque no llegué a abrirla porque en el suelo encontré un sobre pero al mirar por la mirilla no vi a nadie; y



1

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[2]

que retomé con él en la mano el camino hacia el teléfono y que, cuando contesté, ella, sin saludarme siquiera — pero entendiendo yo que no lo estaría considerando necesario puesto que sólo hacía unos minutos que se había marchado —, me espetó en tono muy vivo un escueto “¿lo ha encontrado?”.

Hubiera yo sin el menor empacho podido responderle que sí pero que “pero”; y nos habríamos colocado, tanto ella como yo aunque cabiéndome el mérito de haber sido el que diera pie al desarrollo de los acontecimientos, frente a la situación — tan en exceso explotada por tantos escritores que ya no causa sensación a lector alguno por tan enteramente previsible — de mantener un diálogo completamente absurdo basado en la errónea interpretación que ella diese a mi “sí” dando por hecho que yo me estaba refiriendo al destornillador por el que en realidad ella me estaba preguntando y replicando, a su vez, que habida cuenta “de lo torpe, y perdone, que es usted para todo lo que tenga que ver con la tecnología” le parecía del todo prodigioso. Y que me felicitaba.

Pero, ya digo, proceder de ese modo nos daría la sensación de estar echando mano de un cúmulo de lugares comunes; de modo que no vamos a hacerlo o, yo por lo menos, no voy a hacerlo (y creo que ella con sus ideas innovadoras estaría de acuerdo caso — que no va a darse por cierto y porque al no ser ella de la profesión qué necesidad tendría de verse involucrada ni embargada su atención<sup>2</sup> en una forma de hacer de la que no tengo yo seguridad de que fuera justo ni necesario el hacerla partícipe — de tener noticia del cambio de rumbo que he decidido implementar en este primer capítulo de este nuestro ambicioso proyecto) antes de estar absolutamente seguro de que no somos capaces, entre todos, de encontrar una solución que nos permita salir con la cabeza alta del embrollo en que nos encontramos.

Le digo a mi amigo, que se muestra de acuerdo y celebra mi buen criterio de no hacer mención a un sobre que, no estando en antecedentes de las vicisitudes acaecidas “desde el lejano ayer en que tras denodados esfuerzos — rememora — por salvar a mi esposa de las garras de la

---

<sup>2</sup> querida a la sazón (es cursi, pero muy literario) por la [elaboración de masa de hojaldre para volovanes](#) en la que se hallaba inmersa la mañana en que quise ponerla al tanto de mis intenciones.

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[3]

muerte”<sup>3</sup> tuve que acceder a hacerme cargo de Camelia<sup>4</sup>, no serviría sino para desconcertar al lector haciéndolo suponer algo más o menos en la línea de, de, de...

– Línea de qué, ¡hombre! — Lo urjo — que a ver si vas a atascarte justo ahora que vamos tan bien.

– De que tuve que marcharme a Groenlandia ¿Qué te parece?

– Pues un disparate. Un disparate porque ni veo la necesidad de irse tan lejos ni encuentro de qué forma ni manera podría afectar esa decisión a Camelia.

– No es una decisión tomada libremente — explica —; me vi forzado por causa de una concatenación de circunstancias con las que ni quiero aburrirte ni sería de recibo marear al lector cuando toda la finalidad del viaje no estaba siendo otra que, profundamente afectado por tan dolorosa pérdida, tratar de olvidar distanciándome lo más posible de cuanto había sido mi existencia hasta el momento; de poner tierra por medio, en definitiva.

– Ya — yo —, pero tanta, y tanta agua y tanto hielo...

Y por temor de que se vuelva a atascar lo hostigo aduciendo que, total, para enrolarse en un pesquero de quisquillas se podía muy bien haber quedado en Huelva.

– ¿En Huelva? — Se escandaliza —, ¿en Huelva precisamente cuando se da la circunstancia de que nuestras últimas vacaciones las pasamos en Punta Umbría?

– Vaya. Pues de verdad que lamento haber tenido una idea tan...

– No, si bien traída sí estaba — dice —, y si se hubiera tratado propia y exclusivamente de quisquillas sin ninguna connotación emocional, pues... Pero en estas circunstancias, dolorosas, ya te digo, me pareció más acertado seguir el consejo de un primo mío que está casado con una danesa cuyo padre es alto funcionario del ministerio de industria, allí, en Nuuk, y tiene muchos contactos y una enorme influencia, que me apuntó la posibilidad de, por mediación de su suegro y con motivo de que con el disgusto mi creatividad iba a pasar una larga temporada en dique seco, enrolarme sin tenerme que examinar ni adquirir la nacionalidad ni nada en, como tú muy bien has dicho, un pesquero de quisquillas.

– Vale — Me avengo —, pero, Camelia...

---

<sup>3</sup> Cierro comillas porque el resto de la frase, expresado en forma bastante menos poética, es mío.

<sup>4</sup> Aunque tampoco es uno tan patán como para soltarlo con tanta crudeza y lo que digo es “tuve el inmenso honor de que me eligieras para ser el mentor de Camelia”.

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[4]

– Camelia no podría, dada su percepción tan distorsionada de la realidad, vivir en aquellas latitudes; imagina a tenor del chaparrón que le cayó encima la tarde de las lentejas...

– Eran judías.

– Pues imagina, aunque fuesen judías, a Camelia con su abanico y su pabela en pleno invierno en lo alto de un fiordo.

Y que quién la tomaría después en serio; y que qué pasaría — si tuviésemos que a lo mejor recluirla en un psiquiátrico a causa de las extravagancias que una vez encarrilada por la impredecible senda de la demencia se le pudieran ir ocurriendo —, no ya sólo con la propia Camelia y con el futuro tan prometedor que teníamos (“porque, toma nota con letra grande y clara”, me dice, y que me lo subraye en rojo si pienso que puede olvidárseme, “de que tengo tu palabra de amigo de que estás conmigo en esto”) tan estupendamente diseñado para ella y, por extensión, para todo su entorno sino con nosotros mismos y el futuro nuestro, porque, dice, él no sabe si yo estoy más o menos puesto en esos temas, pero de él lo que me puede decir es que de manicomios y de cómo sea la vida en ellos no tiene la más remota idea, ni del horario de visitas o de si Camelia se adaptaría o se lo tomaría como una ofensa y se negaría a seguir formando parte del equipo o, caso — “trata de imaginar” me dijo — de acceder a continuar, nos pusiera la condición de que teníamos que irnos todos al manicomio con ella para, a continuación y con buen cuidado de no hacerle perder ni un ápice de ese aplomo tan suyo porque si lo perdiera estaríamos — se permitió meter baza, sin que nadie lo invitara, el hombre del traje azul cruzado que reconocí, o bueno, yo no, pero mi amigo dijo “es él; estaba en la cafetería, con la chica, aquella tarde lluviosa...” y yo me dije *qué más da éste o cualquier otro, alguien tenía que hacerlo, por qué no* — atentando muy seriamente contra los principios más elementales del hacer del escritor que de tal se precie (que no lo digo, “tipo”, en tono despectivo sino para no tener que hacer tachones porque *en contra de lo que su amigo afirmase — deslizó en mi oído una voz de mujer que me había sonado bastante remota* — no se trataba del guapo y bien plantado que bien hubiera podido ser el padre de la chica, *acuérdesese, que lo pensó usted aunque no dijo nada sino del delgado, “tipo delgado al que describió someramente sin que yo lograra recordarlo ni mi amigo prestara la atención que suele”... que lo escribió así, palabra por palabra y de su propia mano el tipo delgado que mientras se ponía de pie consultando su reloj apoyaba a la mujer del carro y ésta, la de la voz remota, no comprendía cómo puede usted haberlo olvidado.*

– ¿Y por qué tendría que recordarlo? — Pregunté — ¿Había en él acaso algo especial?

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[5]

– No, nada — repuso —; era un individuo gris, anodino, uno de esos personajes que suelen llamarse “de relleno”, que dijo su frase y, tras unas comas, sin dejar de su paso más huella que tres puntos suspensivos, se esfumó.

– Razón de más — fue mi réplica — para no tener por qué haber reparado en él.

– ¿Y la hay — ella — para qué haya sin embargo reparado sí en el de la gomina?

– ¿Qué gomina?

– ¿Cómo “qué gomina” si ha sido como quien dice ahora mismo? — Marcó una breve pausa y en tono enfurruñado agregó — ¿O es que es amigo suyo y trata por eso de encubrirlo?

– ¿Encubrir qué?

– Ah ¿Y yo qué sé? Pero sí sé que los hombres son, por más que un hatajo de bribones, que también, muy leales para esas cosas los unos con los otros...

– No sé, de verdad, de qué está hablando.

– Bah. No hace falta que disimule. Le agradezco su buena voluntad... aunque bien pensado tendría que ser él quién se lo agradeciera, ¿no?, por aquello de la armonía en el hogar y esas tontadas; ya sabe. Pero no hace falta. Además, siempre sospeché que tenía sus líos, aunque... ¡una chica tan joven! Y que, además, que usted si es amigo suyo lo sabrá, es más soso que una calabaza; guapo, sí, atractivo y, eso lo dijo... bueno, escribió, usted bien, bien plantado, pero soso, soso hasta extremos que, en fin, usted sabrá, pero dudo mucho de que vaya a dar la talla no ya de un protagonista, que eso créame que ni pensarlo, sino tan siquiera de un personaje un poquito principal.

– Créame, a mí usted, si le digo que no sé de qué habla, ni quién es ese hombre; y, por decirlo todo, tampoco quién es usted.

– ¿Y no salta a la vista? Creo que le estoy dando indicios suficientes para que le quede tan claro como el agua que soy su mujer.

– ¿Mujer de quién?

– Oiga, perdone; y conste que no quiero desanimarlo, pero... ¿está seguro de que vale usted para esto?

– Si me aclara qué es “esto” exactamente...

– ¿Lo ve como no vale?

Y, sin esperar respuesta, que hace falta memoria, organización, trazarse un plan y, para el caso de que algo falle y las cosas no salgan como se tenía planeado —porque, dice, hay que reconocerlo, por mucho que se

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[6]

piense tener bien atados los cabos hay situaciones que sin saber por qué pueden irse de las manos...

– Y, sobre todo — sigue — en el caso de usted (y cierre por favor el guion largo, los guiones abiertos me desasosiegan) del que le estoy hablando, cuando lo adorna a uno la prácticamente nula capacidad de improvisación que a usted lo aqueja, tener en reserva alguna vía de escape para no quedar atrapado en su propia intriga... ¿Lo entiende?

– Me gustaría — contesto —, pero no.

– Si es que no se fija... Ande — en tono, ella, que lleva un tinte de maternal —, no se aturulle y repáselo... o, bueno, que es que tengo un poco de prisa, ¿sabe?, pero no se acostumbre: ¡página cuatro.

– De él — leo — lo que me puede decir es que de manicom...

– Lo de los manicomios y cómo sea la vida en ellos, en rojo, no; más abajo y en gris, no tiene pérdida...

– Estaríamos... — busco — aaaa eeee, aquí, atentando muy seriamente contra los principios más elem...

–...entales del escritor que de tal se precie que — pero a quién comentárselo ni hacer partícipe de cuánto me desagradó intervención tan extemporánea estando, como estaba, totalmente sólo cuando el tipo que hablaba por teléfono con sello en el meñique...

– ¿Sello en el meñique? — Yo.

– Sello en el meñique; sí señor. El hombre bien plantado de traje azul llevaba un sello en el meñique... Lo sabré yo, que lo lleva desde siempre...

– Pues lo llevará desde siempre, yo no voy a discutirlo. Pero ya que lo menciona le diré que no consta o, al menos, que si no consta para mi amigo (y mi amigo es muy meticuloso para estas cosas, y no como yo, que no tengo inconveniente en reconocer que soy un poco novato y que quizás como usted bien ha dicho a lo mejor no valgo) es que no lo llevaba y punto.

– ¿Punto? — Ella.

– Punto, sí — Yo. Y, por si le estaba quedando alguna duda —: Es más; mi hombre, o mejor dicho el hombre de la chica, no habló en ningún momento por teléfono.

– Ah, pues entonces — ella, algo turbada — es que he debido de confundirme yo y no estamos hablando de mi Anselmo.

Pero se rehace de la turbación en seguida y, cargada de razón y desparpajo, dice que la culpa la tengo yo “o, bueno, su amigo” — dice, que a ella a fin de cuentas le da lo mismo, que ya tiene ella muchas tablas en eso de ir de mano en mano de creadores “peregrinando de personaje en personaje que, no sé por qué tengo yo que tener tan mala suerte — se lamenta — nunca cuajan, que si yo le contara cuántas veces me he visto

# Versaciones de un chupaplumas

## Capítulo Primero

[7]

abandonada en la cuneta *hala, ahí te quedas* y hasta a veces en plena noche, con traje largo y en tacones porque fuese a alguna fiesta o algo, y sin saber ni dónde estaba ni cómo me llamaba, que esa es otra; y cualquiera que me viese *pero dónde va esa mujer tan fuera de lugar y de contexto* como — y suelta una risita amarga — si hubiera un texto — dice, y que si no es gracioso, y vuelve a reír y sigue —: su amigo, si usted lo dice, que para arrastrarlo al fracaso como lo está arrastrando a usted para qué necesita uno enemigos pero, hágame caso, emancítese de él, y de sus directrices, y sea un poquito más descriptivo o por lo menos ponga a los personajes unos ojos, de un color, y una estatura y cuente si son rubios o morenos o delgados o gordos o tienen alguna característica o rasgo que los identifique, que eso orienta mucho al lector que en cuantito le echa la vista encima cae en la cuenta *y mira, éste o ésta es aquel o aquella que donde o cuando* pero, ya se lo dije hace un rato, creo que por un poco más debajo de la mitad de la página seis, ahora tengo un poquito de prisa que debo recoger a los niños del colegio pero, usted, y puede que sea la última vez que se lo diga porque con éste desconcierto que usted se trae sabe Dios si volveremos a vernos, siga sin miedo, sin miedo y con la cabeza alta y mirando al frente, al frente y nunca atrás porque, siempre se ha dicho, cuando una puerta se cierra otra se abre y, la de usted, terminaba de cerrarse por cierto con “la inveterada suavidad con que se cerraban las puertas cuando era Lola quien las cerraba” y un adiós.

**Fin<sup>i</sup>**

---

<sup>i</sup> De este capítulo primero de las Versaciones de un chupaplumas cuyo texto se compone de 7 páginas que contienen:

Palabras 2.725

Caracteres (sin espacios) 12.141

Caracteres (con espacios) 14.919

Párrafos 51

Líneas 237

(No se incluyen cuadros de texto, ni notas al pie, ni notas al final).

Detalles todos ellos que se hacen constar para que no sea, este primer capítulo de las Versaciones de un chupaplumas cuya seña de identidad es la primera oca de agua enmarcada en distintivo consignado como marquito p1, confundido con ningún otro capítulo primero de ninguna otra de las distintas versaciones de los diferentes chupaplumas que, esté el tal capítulo llevando ésta o cualquier otra oca no importa con qué distintivo, hayan podido, estén pudiendo o puedan en lo sucesivo plagiar las únicas y auténticas versaciones verdaderas de este chupaplumas verdadero, único y auténtico.